

CAMINHOS DE REVITALIZAÇÃO 2011 -2015

La Pastoral juvenil Latinoamericana, por medio del Proyecto de Revitalización: “*La vida de la Juventud: Un camino de discipulado y misión*”, continua su caminar tras las huellas del Divino Maestro; en acogida a la propuesta de la Misión Continental, en la concreción del Reino de Dios nos invita, en este año 2012, a visitar la ciudad de Nazaret:

¿Vamos para Nazaret?

Conmoverse, caminar con... y cuidar: la espiritualidad y la mística de María y de Jesús.

Desde que salimos de “Emaús” (2008), estamos visitando nuevamente los lugares recorridos por Jesús, desde Belén hasta Jerusalén, la ciudad santa que atrae todo para sí (Lc 24, 49.52) – lugar de la muerte e resurrección de Jesús y de la manifestación del Espíritu Santo a los discípulos, también es el lugar de donde se difundieron los misioneros que anuncian la buena noticia hasta los confines del mundo (Hch1, 8).

Nazaret de María: El hijo de Dios se hizo cuerpo: ¡es un niño!

¡Alegría e cuidado!

El momento histórico que atravesamos, con rápidas y profundas transformaciones sociales y culturales, desafía a la Iglesia del tercer milenio a dejar las “seguridades” y avanzar, abriendo siempre caminos nuevos de solidaridad y compromiso con los/as excluidos/as del sistema del mercado global, fomentando la humanización de la sociedad, para que pueda continuar siendo un testimonio vivo e eficaz de la presencia de Dios y su Reino en este mundo.

Vivimos en sociedades donde la cultura de la imagen, a través de los medios de comunicación, utiliza el cuerpo para fines comerciales y consumistas, despertando deseos y sueños que ni siempre son realizables. Sin embargo, esta misma cultura posibilita el conocimiento de la realidad que nos cerca, tanto para ver y admirar los cuerpos bellos y producidos de los artistas, como para contemplar los cuerpos fragilizados de los niños, de los enfermos, de los viejos. Esta nueva cultura, con su diversidad de imágenes y sonidos, sensibiliza y potencia nuestro cuerpo para contemplar, acoger y reconocer a Dios en su Hijo Jesús en la pluralidad de cuerpos bellos y sufridos, maquillados y andrajosos, encantadores y desfigurados. Esto es posible porque Dios se hizo niño, se hizo joven, adulto... ¡humano!

El misterio de la encarnación nos invita a contemplar a las personas con una nueva mirada, llena de ternura y compasión. Asumir la encarnación de Jesús es profecía actual: nos lleva a percibir la profundidad de la vida en todas sus etapas y dimensiones. No es posible creer que Dios se humanizó y quedar indiferente delante de la deshumanización de cuerpos hambrientos, explotados, caídos por las calles.

El evangelio de Lucas nos recuerda a Jesús en medio de los pobres ya desde su nacimiento (Lc 2, 1 – 20). El Hijo de Dios asume el cuerpo frágil de un niño, confundiendo a los grandes y poderosos (Mt 2, 3). Él no nace en un palacio real, sino despojado de toda riqueza y triunfo, tiene como cuna una pesebrera, un pequeño establo en Belén. Hay una intencionalidad teológica en la narrativa del nacimiento de Jesús: el Mesías debería nacer en Belén, Tierra de Judá, por ser la “ciudad de David” (Mq 5,1; Mt 2, 6). Por lo tanto, José y María salen desde Nazaret para Belén obedeciendo la orden del emperador César Augusto que impuso el censo de todo el pueblo, cada uno en su ciudad natal (Lc 2, 1- 5).

La situación de María no debe haber sido idílica, aunque no sabemos si ese viaje fue en los primeros o en los últimos meses del embarazo, ya que Lucas no dice *cuando llegaron a Belén* le llegó el día en que debía tener su hijo, sino: *cuando estaban en Belén...* (Lc 2,6). De cualquier forma, María vivió una situación humana dramática y tiene mucho para enseñarnos. Cuando se vive la intimidad con Dios, no se siente miedo de nada. Ahí se manifiesta la grandeza de María: ella permanece siempre serena y entregada a la voluntad de Dios. Se desvela en cuidados, junto con José, al pequeño Jesús: “lo envolvió en pañales y lo acostó en una pesebrera” (Lc 2, 7)

Jesús vivirá la experiencia de cuidado y cariño de sus padres en la gran aventura de la filiación que se da en la cotidianidad y que le proporcionará el crecimiento en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres (cf. Lc 2, 40.52). Jesús no estaba exento de la necesidad del cariño de la familia para su desarrollo psico-afectivo-social, humano-espiritual. Al final de su vida, Jesús tendrá su cuerpo envuelto en una sábana (cf. Lc 23, 53), antes de ser colocado en el sepulcro. Desde el nacimiento hasta la muerte, el cuidado tiene su lugar en todas las etapas de la vida, ennobleciendo, aún más, la dignidad humana.

A la luz de la experiencia del *cuidado* de María y de Jesús, jóvenes responsables que somos por una formación integral e integradora, conviene preguntarnos a respecto de la percepción y del cuidado de nuestro cuerpo, así como del cuerpo de otras personas con las cuales convivimos y nos relacionamos. ¿Cómo reaccionamos al estímulo de los deseos promovidos por la publicidad, para que seamos cada vez más fuertes consumidores? La sociedad dominada por la cultura de los medios de comunicación “cosificó” el cuerpo, exaltando la belleza que se corresponde al modelo del mercado global que genera dinero y, por otra parte, genera exclusiones. ¿Cómo nos situamos delante de esta sociedad?

¡Dejémonos envolver por el misterio de un Dios que asumió nuestra corporeidad y que nos dio un cuerpo moldeado por su amor! Todo bebé que nace trae al mundo la buena-nueva de la alegría: ¡Dios continúa sonriendo para la humanidad! De ahí la exigencia cristiana de la denuncia

cuando cuerpos de niños/as son botados en la basura, maltratados por el hambre, víctimas del trabajo esclavo, de la violencia, de la explotación, cuando personas que viven en la calle se tornan basura humana del sistema social. En fin, cuando cualquier personas es irrespetada en su dignidad.

La alegría del nacimiento de Jesús fue compartida por los pastores que cuidaban del rebaño por la noche (Lc 2, 8 – 20). Los pastores eran personas despreciadas, para las cuales no había lugar en la ciudad, como no había lugar para José, María y el Niño (Lc 2, 7) dentro de la casa – espacio de acogida, de bienestar y de seguridad.

La noticia del mensajero divino es acompañada por la indicación de una señal, o sea, el acontecimiento de algo extraordinario como en otros momentos de la historia del pueblo de Dios (Ex 3, 12; 1Sam 2, 34; Is 37, 30). La señal es “un recién nacido envuelto en pañales y acostado en una pesebrera” (Lc 2, 7). La señal podría ser traducida en estas palabras: fragilidad, pobreza, sencillez. Dios no se presenta de forma grandiosa: subvierte las expectativas de un Mesías poderoso. No hay pompas, ni esplendor, ni brillo. Todo indica ausencia de lujo, sobriedad, proximidad a la realidad de los pobres. ¿Conseguimos percibir los signos de la presencia de Dios en nuestra realidad o nos deslumbramos con las ilusiones de la sociedad de consumo? ¿Qué estamos valorizando: las apariencias o el cultivo de la verdadera alegría?

La alegría de los pastores los impulsa a salir de prisa, hasta Belén para “ver” la realización de la Palabra del Señor. Con los ojos de la fe, ellos ven en aquel recién nacido al Hijo de Dios, al Salvador de la humanidad. Alaban y glorifican a Dios por lo que vieron y oyeron. Sin embargo, María en medio de toda ese clima de alegría explosiva “observaba cuidadosamente todos estos acontecimientos y los guardaba en su corazón” (Lc 2, 19). María no entiende de inmediato todo lo que está viviendo, pero escucha atentamente, se sumerge con profundidad en el amor de Dios y busca descubrir el significado de los acontecimientos. Acogiendo y discerniendo el sentido de los hechos, María crece en la fe.

La revelación del amor de Dios y de su Hijo Jesús continua se dando a través de los pobres y pequeños, así como de cuantos lo acogen en la fe y en el amor a ejemplo de María, de José, de los pastores... En Jesús, Dios hizo su morada definitiva en medio de la humanidad. Seamos testigos de esta realidad en la alegría y en el cuidado, defendiendo la vida, la corporeidad que es “expresión, reflejo visible y realización del ser humano uno e indiviso”.

Hna. María de Lourdes Augusta, PIDP

Traducción: Hna. Katuska F. Serafin Nieves, SJT